

NOELIA LORENZO PINO

LA CHICA OLVIDADA



una mezcla de sentimientos extraños. Hoy
te miro con esa faceta serja más seria. Se queda calla
ta que se pone así. No me gusta nada... Quiero que
sientes y apasionados. No entiendo por qué se transfor
vuelven...
ay...
ura que...
cha...
ano. Por desgracia...
debras. Yo...
hombre, un hombre hecho y derecho. No quiero que se
na cía. No quiero que se case de mí...
ha sido asqueroso y me ha delido bastante. Me va a
a costar mucho. Al desparecer hemos acordado que n
s tenemos compromisos familiares. Si te soy sincera, no

ere.in

LA CHICA OLVIDADA

21

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1. edición: Mayo de 2016

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Ilustración de portada:

Joxan Glez Arruti y Álvaro Hermida Bercianos

Maquetación:

Itxaropena

© Noelia Lorenzo Pino

© EREIN. Donostia 2016

ISBN: 978-84-9109-104-2

D.L.: SS - 596/2016

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

NOELIA LORENZO PINO

LA CHICA OLVIDADA

erein

Al núcleo duro por estar desde el principio.

Álvaro, aitas, Sonia, Olatz y Jorge

*“Quizá tú hayas acabado con el pasado
pero el pasado aún no ha acabado contigo”*

MAGNOLIA

Hondarribia, 6 de septiembre de 1999. Lunes

Lía consultó el reloj. Apenas quedaban diez minutos para la medianoche. Miró inquieta a su alrededor y no vio a Maika por ningún lado. Ambas tenían que estar en casa en cuarenta minutos y Maika le había prometido que volverían juntas. Apuró el vaso de zumo de melocotón y lo dejó sobre la barra de la *txosna*.

—¿Quieres que te pida otro? —le preguntó Asier, que estaba a su lado.

—No, gracias. Tengo el estómago lleno de líquido —dijo llevándose la mano al vientre.

Asier le sonrió, se tambaleó ligeramente y pidió un *kali-motxo* para él.

—Gracias por quedarte conmigo, Asier —dijo a media voz—. Gracias por no dejarme sola.

—Mi hermana es la hostia... —bufó él—. Le tengo dicho que tiene que cuidar más de sus amigos. No tenía que haberse largado.

—Ha comentado que era un momento. Yo le he dicho que no me importaba.

—Ya... claro —dijo molesto—. ¿Con quién está? ¿Adónde ha ido?

—Eso no importa. Estate tranquilo.

—Seguro que se ha largado con un tío... Ya le vale... ¿Con qué cara miro yo mañana a Juancar?

Lía no dijo nada pese a que Asier tenía toda la razón. Maika se había largado con un compañero de las clases particulares. Habían coincidido en un bar y habían estado

tonteando. Ahora mismo se estarían enrollando en cualquier portal. A ella también le daba rabia por Juancar. Llevaban seis meses saliendo juntos y estaba loquito por ella. El tío más dulce, bueno y guapo del instituto había caído rendido a los pies de Maika y, mientras estaba de cena con su cuadrilla, el tío más dulce, bueno y guapo estaba siendo engañado.

—¿Nos acercamos al escenario?

Lía miró al grupo que acababa de tomar posición en el escenario.

—El batería es un colega de clase —explicó—. Es un *grupazo*. Seguro que te gusta.

—Sí, claro. Vamos.

Se colocaron en tercera fila en el momento en que el primer tema empezaba a sonar. El bajo marcó el ritmo y la guitarra y la batería se unieron en segundos. El cantante pegó los labios al micrófono y comenzó a cantar. A Lía la voz aguda le recordó a Billy Corgan, el vocalista de Smashing Pumpkins. Por un momento se olvidó de si Maika llegaría a tiempo. La brisa del mar se hizo notar y pululó entre el público dejando un aroma salado. Lía se cerró la chaqueta de punto y cruzó los brazos sobre el pecho. Notó que Asier le decía algo, pero con el volumen del concierto no consiguió entenderle.

—¿Qué dices?! —voceó mirándole.

Asier tenía un brillo intenso en los ojos y una sonrisa tontorrón. Se le acercó al oído.

—Decía que si tienes frío.

—Un poco —reconoció ella, al tiempo que se frotaba los brazos.

Lía sintió el aliento caliente sobre su cuello y percibió el olor a vino con Coca-Cola. Asier estaba muy cerca y supuso que algo achispado. Se quedó así unos segundos, parecía no

saber qué más decir. Ella tampoco supo qué decir. Miró al frente y se concentró en el sonido de la guitarra. De pronto sintió que le rodeaba con su brazo. Notó la mano de Asier sobre su hombro derecho. La movió torpemente de arriba abajo. Ella se quedó rígida como una estatua. No se atrevía ni a respirar.

“Tierra trágame”, pensó. “Maika, como no vengas en un par de minutos juro que voy a matarte.”

Asier era un tío majo, pero era el hermano de su mejor amiga y tres años mayor que ella. ¡Tenía veinte años!

—¿Estás mejor? —preguntó acercándose otra vez.

Lía sintió el rubor en sus mejillas. Claro que estaba mejor. Había entrado en calor de golpe.

“Me estás haciendo sudar, Asier”, se dijo.

—Sí, mejor —contestó tensa y sin mirarle.

Asier la atrajo más hacia sí y siguió frotándole el brazo.

Lía cerró los ojos y se concentró en la música. No pensaba mirarle, no pensaba decirle nada... y si se le ocurría darle un beso, iba a rechazarle.

“Siento no sentir nada por ti”, pensó. “Siento no sentir...”, se repitió.

Cuando llegara a casa iba a relatarlo en su diario y así titularía las vivencias de aquella noche. “Siento no sentir.” Mientras su mejor amiga sentía y se dejaba llevar por el deseo de su cuerpo, ella no sentía nada y se negaba a dejarse llevar. Se preguntó por qué no sentía nada y, automáticamente, Juancar se apoderó de sus pensamientos. Su sonrisa noble y su mirada azul lo inundaron todo. Abrió los ojos de golpe y se enfadó consigo misma. ¿Qué clase de amiga era? ¿Por qué pensaba en él? Llevaba tiempo peleando para que desapareciera de su cabeza y el muy cabrón no se iba.

“Vete, joder.”

–¿Qué está pasando aquí?! –una voz chillona sonó tras ellos.

Ambos se giraron de golpe. Maika les observaba con los brazos en jarras. Tenía los labios enrojecidos y los rizos alborotados.

“Pasa... que no dejes de pensar en Juancar”, confesó Lía para sí.

–Ni se te ocurra volver a ponerle la mano encima a mi amiga –amenazó a su hermano con el índice levantado.

–¿Cómo se te ocurre dejar a Lía sola en plenas fiestas? ¿Qué clase de amiga eres?

–Anda, cállate. Estás borracho –le espetó a la par que se agarraba del brazo de Lía–. Nos vamos que tenemos diez minutos para llegar a casa –añadió tirando de ella.

Asier miró a su hermana y negó en silencio.

–Gracias por todo –dijo Lía encogiéndose de hombros. Éste sonrió abiertamente.

–¡Felicitas a tu colega el batería! –gritó mientras se dejaba arrastrar por su amiga–. ¡Son muy buenos!

–¡Ya te dije que te iban a gustar! –vocó levantando el dedo pulgar.

Lía se despidió desde la distancia agitando la mano derecha.

–¿Qué coño te decía el pesado de mi hermano?

–Nada en especial. Es muy majó.

–¿No te gustará? –preguntó frunciendo el ceño.

–No. Por desgracia, no...

–¿Qué has dicho?

–Olvídalo. No me gusta. Me vio mientras te esperaba en la *txosna* y decidió hacerme compañía.

–Qué amable... No le habrás contado...

–No le he dicho nada, tranquila.

–Gracias.

–No le he dicho nada, pero tu hermano no es tonto...

–No, no es tonto... Es gilipollas.

–¿Por qué estás tan cabreada? ¿Por qué hablas tan mal de él?

–Porque se cree don perfecto. Todo el puto día juzgándome... Además, míralo, él puede llegar a casa cuando le dé la gana.

–Tiene veinte años.

–No, no es por eso. Él a mi edad también llegaba a casa cuando le daba la gana... Es porque es tío. Tú y yo estamos jodidas, ¿sabes por qué?

–Porque somos tías...

–Eso es.

–¿Qué tal con tu *amigo*? –preguntó Lía cambiando de tema. Maika sonrió de oreja a oreja.

–Está buenísimo... y cómo besa...

–¿Y qué pasa con Juancar?

–¿Con Juancar? No pasa nada. No tiene por qué enterarse. Esto ha sido un lío de una noche.

–Ya te vale...

–¿Tú también vas a empezar a juzgarme? –dijo parando en seco y soltándose de ella.

–Es que... creo que Juancar no se merece...

–Te doy permiso para que te folles a mi hermano –le interrumpió enfadada–. Hacéis muy buena pareja. Por si no tenía bastante con él, ahora tú también desaprobándome... –añadió reanudando el paso.

–Joder, Maika, no me hables así –dijo siguiéndola–. No me voy a *follar* a tu hermano –añadió a sus espaldas.

–¡Pues no te vendría nada mal! –voceó.

–¿Pero qué coño dices? –preguntó agarrándola del brazo para pararla.

–Digo que eres una estrecha –soltó girándose y mirándole a la cara–. Necesitas que alguien te eche un buen polvo. Que te follen de una vez...

Lía sintió una punzada en el pecho.

–¿Eso piensas? –susurró intentando disimular el temblor de barbilla.

–La virgencita inocente...

La punzada se agudizó y las primeras lágrimas empezaron a aflorar.

–Yo aún no he tenido la suerte de encontrar a un tipo como Juancar... –dijo a media voz como para defenderse.

–A veces me repateas..., me sacas de mis casillas –confesó rabiosa negando con la cabeza.

–Creía que éramos amigas –dijo limpiándose las lágrimas con el puño de la chaqueta de lana–. ¿Qué he hecho yo para repatearte? Dime.

Maika no contestó.

–Dímelo –le exigió.

Maika se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar desquiciada.

–¿Qué te pasa? –preguntó Lía confusa y entre lágrimas.

–No me pasa nada –dijo con cuajo–. Nunca lo entenderías...

Lía, contrariada, llevó la mano hasta su hombro.

–¿Qué es lo que no entendería?

–¡No quiero hablar de ello! –exclamó quitándose las manos de la cara.

Lía observó cómo, en un momento, se le habían hinchado

los párpados. Tenía la cara empapada de lágrimas y le bajaba agüilla por la nariz.

Se miraron unos segundos a los ojos. Había dolor, había afecto... Lía percibió también arrepentimiento y muchos secretos.

–Lo siento –dijo Maika sorbiéndose los mocos, y después echó a correr como una gacela, en dirección a su casa.

–Maika –la llamó Lía. Pero su voz apenas tenía fuerza. Se quedó quieta observándola hasta que desapareció totalmente de su vista.

Consultó el reloj y vio que había pasado la hora pactada con sus padres. Sentía tal angustia que llegar tarde carecía de importancia. La bronca que le esperaba no era nada en comparación con lo que había vivido. Caminó cabizbaja en dirección a su casa.

Iba pensando en el daño que le había hecho Maika, cuando escuchó unos pasos en la lejanía. Se giró veloz con la esperanza de que fuera ella pero no le pareció ver a nadie. La calle estaba demasiado oscura. Tan sólo había una farola que iluminaba débilmente desde la acera de enfrente. Aguzó la vista y miró en todas las direcciones. Nada. Reanudó la marcha y todas las palabras que había soltado Maika volvieron a su mente: estrecha, virgencita inocente, me repateas, me desquicias... Volvió a escuchar unos pasos, esta vez más cerca. Giró la cabeza y echó una mirada rápida. De nuevo, nada. El corazón empezó a acelerarse. Estaba asustada. Apuró el paso. Estaba muy cerca de su casa. Desde donde estaba ya veía el bloque de tres plantas. Había luz en su cocina. Sus padres estarían esperándola. Otra vez los malditos pasos. Sonaban muy cerca, sonaban tras de sí. Temió girarse y apretó los puños. De pronto sintió una mano sobre su hombro.

–Creía que no te alcanzaba.

La voz le era familiar. Un gusanillo le recorrió el estómago.

–Juancar, qué susto me has dado –dijo dándose la vuelta. Se le cortó la respiración al verle. Ahí estaba él. Con sus enormes ojos azules, su cabello moreno alborotado... El gusanillo se convirtió en mariposa y revoloteó, revoloteó...

–¿Estás bien? –preguntó preocupado.

–Sí, tranquilo.

–¿Seguro? Pareces triste.

–No es nada, gracias.

–¿Sabes dónde está Maika? Hoy tenía cena con la cuadrilla y no la he visto en toda la noche.

–Se acaba de ir a casa.

–Voy a ver si la pillo.

–Tendrás que correr –le aconsejó sonriendo con tristeza.

–¿Seguro que estás bien?

–Sí, Juancar, de verdad.

Éste la observó en silencio y ladeó la cabeza. A Lía siempre le había hecho gracia aquel gesto. Solía repetirlo a menudo y él ni siquiera parecía ser consciente. Le recordaba al típico perro de mirada expresiva. Le resultaba tan tierno... Sonrió inconscientemente.

–Ahora sí que me voy más tranquilo –le devolvió la sonrisa. Aquella que Lía adoraba. Noble, abierta y sincera. Y echó a correr.

Se puso el pijama y se metió en la cama. Estaba destemplada y al meterse bajo las mantas se sintió reconfortada. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Sus padres al final no le habían reñido demasiado. Había llegado quince minutos tarde, no era

para tanto. Sacó el diario de la mesilla y se dispuso a escribir en él. La noche había sido larga y había tenido de todo. En un principio tenía decidido titular el día como “Siento no sentir” pero habían sucedido tantas cosas después de lo de Asier, que ya no sabía cómo llamarlo. Le angustiaba pensar en Maika. Necesitaba aclarar las cosas, tenerla cara a cara. Había visto algo en su mirada, en su rabia, en sus lágrimas. Algo oscuro. Le asustaba sentirla como a una total desconocida. ¿Qué le había ocurrido? No conseguía entender nada. Llevaban siendo amigas desde primero de EGB. Creía conocerla a la perfección. Era su alma gemela... Pensó que aunque sus palabras le habían hecho mucho daño, aquel sentimiento extraño, turbio, aquel temor latente que había vislumbrado en el fondo de sus ojos, podía mucho más. De pronto, se dio cuenta de que su dolor se había convertido en algo totalmente secundario. Había sido sustituido por una inquietud que le aterrorizaba. ¿Qué era lo que tanto asustaba a su amiga?

“Despierta, Lía. Despierta, Lía.”

Escuchó una voz a lo lejos, cada vez más lejana. No lograba mantenerla junto a ella. La perdía. Notó cómo unos brazos la zarandeaban. Se despertó y se incorporó de golpe. Estaba sudando. Palpó la cama y miró a ambos lados. Tuvieron que pasar unos segundos para que se orientara. Era su habitación. Encendió la lamparita de noche. El reloj marcaba la una y media. Vio el diario sobre sus piernas. No había escrito nada en él. No fue capaz. Recordó que había tenido que pensar en Juancar para calmar su angustia. Se había dormido acompañada por su sonrisa. Esa que le había dedicado antes de ir tras Maika. Aún la conservaba fresca en su memoria. No pensaba dejarla marchar. Se sintió culpable. Tal vez ése

era el motivo por el cual Maika la despreciaba. La traición no es invisible ante la percepción de un alma gemela. Esas cosas se intuyen.

“Soy despreciable”, pensó.

Se sobresaltó al escuchar que alguien llamaba a su puerta.

—Lía, despierta. Lía, despierta —dijo su madre asomando la cabeza por el quicio de la puerta.

Sintió que el sueño se repetía.

—*Ama*, estoy despierta.

—El padre de Maika está en la cocina. Dice que aún no ha vuelto a casa.

Lía notó cómo se le erizaba todo el vello del cuerpo.

* * *